

# PREGÓN – BENAVENTE

## SEMANA SANTA – 2024

Permitidme que hoy comience mi pregón rememorando recuerdos de hace ya más de cuarenta años. Benavente, sus calles y sus gentes, forman parte importante del paisaje de mi infancia y adolescencia. Cuando hoy paseo por ellas no puedo dejar de evocar el recuerdo de lugares y establecimientos tradicionales y emblemáticos en los años setenta y ochenta del pasado siglo cuando, siendo niño y adolescente, mis pasos, y a veces mis carreras, cubrían rápidamente la distancia entre la conocida como Plaza de los Bueyes, hoy plaza del grano, y el Castillo de la Mota. Volver hoy a Benavente es hacerlo a aquellos años en los que muchos de mis domingos discurrían en este paisaje familiar. Caminar por La Rúa es volver la mirada al balcón desde el que el niño que era contemplaba el gran día del Toro Enmaromado, aquel que disfrutábamos en la tarde de la víspera del Corpus, sintiendo siempre que las obligaciones paternas nos impedían acudir al Torito del Alba, el que decían que era el de los niños y muchachos. Llegar hasta la Iglesia de San Juan o asomarme a esta Iglesia de Santa María es volver a andar junto al abuelo Paco o la abuela Pilar, pendientes de sus nietos. Volver, ahora, a encontrarme con vosotros en este templo de Santa María del Azogue es recordar celebraciones familiares, bautizos, primeras comuniones, bodas, funerales, aquí vividos junto a vosotros. No es posible para mí olvidar a D. Gonzalo en la parroquia de San Juan, ya partido hacia el buen Padre, a D. Gildo, tantos años al cargo de este templo que hoy nos acoge, o a D. Tomás, todavía al frente de la parroquia del Carmen de Renueva. No estoy, por tanto, en tierra ajena, al contrario, puedo decir que, en este día, junto a vosotros, vuelvo a casa.

Y, sin embargo, pese a todos los recuerdos y vivencias que se agolpan en mi mente, he de reconocer que la Semana Santa benaventana, no ha sido por mí tan vivida. Tan sólo, y no es poco, en un par de ocasiones, ya sacerdote, invitado a predicar el Triduo al Santísimo Cristo de la Salud, he participado en la conmovedora Procesión del Silencio, en la que, cuanto todo calla, más fuerte suena la única voz que merece la pena escuchar, la que refleja las más hondas vivencias humanas, las del dolor y el sufrimiento, junto a la única posible respuesta del Dios que se entrega para alumbrar la vida y la esperanza.

Pero esta tarde, me convocáis aquí no para que os comparta mis recuerdos, sino para que os anuncie el misterio, el Misterio con mayúsculas. Me pedís que sea pregonero, anunciador, de lo que es casi imposible anunciar. Pregonar la Semana Santa, nada menos. Para ser conscientes de lo imposible de la tarea pensemos que sólo una persona ha podido pregonar lo que a mí se me pide hoy y hacerlo con autenticidad. Me diréis que ha habido muchos y muy buenos pregoneros, mucho mejores de lo que yo hoy os pueda compartir, y diréis verdad. Pero, en puridad, mantengo lo afirmado, sólo una persona, el mayor de los nacidos de mujer, ha podido anunciar y pregonar en verdad, lo que yo hoy pretendo sólo balbucear. En los Evangelios, el papel que hoy me toca, le fue

encargado, de modo único y sublime, al hijo de Isabel y Zacarías, a la voz que gritó en el desierto. Juan el Bautista, con sus palabras y su vida, es quien anunció a todos que Cristo era el cordero que por todos iba a ser sacrificado, a quien él no merecía ni desatarle la correa de las sandalias. Y, no olvidemos, que esto de la sandalia, no es una mera referencia a la humildad. Entre los judíos, la sandalia, simboliza los derechos del novio, como dice el libro del Deuteronomio. Reconocer que no merece desatar la sandalia es reconocer que él, Juan, no era el novio esperado, que quien viene a desposarse con la humanidad entera no es él, sino Jesucristo.

Atentos pues, porque lo que venimos a anunciar no es tan sólo un elenco de procesiones, ni siquiera un conjunto de celebraciones litúrgicas. Lo que hoy anunciamos es mucho más, y ya el Bautista en su alusión a la sandalia lo indicaba. Venimos a anunciar que Dios, en Cristo, ha venido a desposarse con el hombre, a unir su vida con la nuestra, a tomar nuestra debilidad y rescatarnos con su fortaleza. El otro Juan, no el Bautista, sino el evangelista, percibió esto con tanta claridad, que convirtió su evangelio en el anuncio de esta gran boda, y por eso el primer signo de Cristo, con el que sus discípulos comienzan a creer en él, acontece en Caná. En aquella boda en la que nunca se nos dice el nombre del novio, ni de la novia, porque en ella el novio es Cristo y la novia somos nosotros. Y en la que el vino añejo del Antiguo Testamento necesitará ser sustituido por el vino nuevo, el mejor, el del Nuevo Testamento, que simbolizará la sangre derramada de Cristo y el banquete de la Eucaristía. Y, así, ya hemos entrado en nuestra Semana Santa, prefigurada en este pórtico del Evangelio de San Juan.

Reconocido el fondo de lo que queremos vivir, pasemos a su escenificación y dejemos que los cofrades de la Santa Vera Cruz y del Santo Entierro nos convoquen en la Ermita de la Soledad para subir hasta Santa María por el que camino que, como anticipé, tantas veces recorrí cuando tenía menos años. Es el Domingo de Ramos, la procesión de la Borriquilla. No es día para capiruchos, ni silencios. Hoy, son los niños, los jóvenes, las familias, los abuelos con los nietos, quienes con sonrisas, alegría y miradas expectantes acompañan con palmas y vítores a Jesús que llega a la Jerusalén de nuestras vidas. La Semana Santa comienza y culmina a cara descubierta y dejando que la alegría y el gozo sean su tónica. Entre la fiesta del Domingo de Ramos y la celebración gozosa de la Resurrección ha de discurrir nuestro camino, recordando así, que la vida del cristiano que de Dios viene y a Dios vuelve, entre el amor primigenio de Dios y la victoria de Cristo sobre la muerte ha de desarrollarse. Mal cristiano, despistado cofrade, sería el que centrara la vida en el sufrimiento del Viernes Santo. El centro de la vida y del anuncio cristiano no es la muerte, sino la vida. Y el Domingo de Ramos, con los niños alrededor de la borriquilla, nos recuerda que cada uno de estos niños son amados desde antes de nacer, no sólo por sus padres, que también, sino sobre todo por el mismo Dios, el único que puede amar plena y absolutamente. El papa Francisco nos lo recuerda continuamente con su afirmación de que el amor de Dios siempre nos “primerea”. Dios siempre se adelanta a amarnos, antes incluso de que sepamos de él. Las palmas, los caramelos, los trajes de estreno y la mirada asombrada de cada niño al paso de Cristo nos recuerdan que algo niños debíamos hacernos para poder vivir lo que en estos días queremos contemplar. Para poder vivir la Semana Santa necesitamos la sencillez y la

humildad del niño que contempla y penetra en el Misterio sin querer someterlo todo a una racionalidad siempre limitada.

Iniciada con el Domingo de Ramos la Semana grande de nuestra fe, dejemos que nuestras miradas se posen en cada uno de los momentos que se proponen a nuestra consideración. Pensemos que la Semana Santa es como el más hermoso templo que, lleno de preciosos retablos, quiere que nos detengamos en cada uno de ellos, para contemplar y vivir los misterios centrales de la vida de Cristo. Pero estos días, los retablos no permanecerán en el interior de los templos, sino que saldrán a las calles para que los admiremos en nuestras plazas y los conozcan aun aquellos cuyos pasos rara vez franquean el dintel de una iglesia. Dios, que nos espera en cada templo, quiere salir y llegar a nuestras casas para invitarnos a que nosotros acudamos a la suya. Pidamos hoy que nuestras procesiones sean tales y vividas de tal modo, que todos los que las contemplan sientan la necesidad de corresponder a la visita del mismo Cristo deseando acudir también a su propia casa. No vivamos el agradecimiento de recibir a Cristo en nuestros caminos del día a día y le dejemos sólo cuando vuelva a la que es su casa que para todos está abierta. Hagamos verdad aquello de que “amor con amor se paga”.

Martes Santo. Procesión de las tinieblas. Un encuentro será la clave. Todo comienza con el acto religioso en la Ermita de la Soledad. Tras él, las Cofradías del Santo Entierro y de la Santa Vera Cruz con sus capuchones morados y negros, portarán las imágenes de Jesús con la Cruz y la Virgen de la Soledad, acompañada por las Damas de la Luz con sus capas negras. Y en la Plaza Mayor ésta, la Virgen, realizará las venias a aquel, el Cristo, y los corazones palpitarán al ritmo de las venias, porque no es sólo un cuadro bello, sino un anuncio de lo que vamos a vivir. La Semana Santa es este encuentro, no sólo el de María con Cristo, sino el de Cristo con el hombre, simbolizado hoy en la figura de María, en la que estamos representados cada uno de nosotros. Somos nosotros, tú y yo, quienes inclinamos nuestra cabeza y saludamos al Cristo que nos ha de salvar. ¿Quieres tú también inclinar la cabeza, pedir a Dios su ayuda, reconocer que sólo él puede salvarte, que sólo con su auxilio tu vida podrá encontrar las respuestas que busca? Los personajes ya están, Cristo y nosotros. Acabamos de saludarnos, de encontrarnos. Nuestra cabeza se ha inclinado, la venia se ha cumplido. Ya todo está preparado, o casi.

Miércoles Santo. El silencio. La Semana Santa tiene mucho de bullicio, de aglomeración, de volver a encontrarnos con los que hace tiempo, meses años, que no nos vemos y con los que rápidamente cruzamos breves o pausadas palabras. Qué grande es para muchos esta alegría del reencuentro con personas, vivencias y tradiciones que configuran nuestro ser y que son la raíz que alimenta nuestra vida, donde se asientan convicciones, decisiones y un modo de vivir, de ser persona humana en este mundo que en ocasiones tan complicado se nos ha vuelto. Pero, sin embargo, la vivencia de la Semana Santa, requiere, con toda la fuerza, de la envoltura del silencio, interior y exterior. El silencio, característico de nuestra Semana Santa benaventana, es el ámbito desde el cual poder acoger y vivir todo lo que va a acontecer. El Miércoles Santo, al término del Triduo al Santísimo Cristo de la Salud, es el momento de acompañar, sin palabras, al único que es la Palabra. Los cofrades del Silencio, con su túnica blanca y su capirucho rojo, harán que

las miradas de todos se vuelvan al rostro exánime de este Cristo de la Salud, tan querido e invocado. Así nos dirán, sin palabras, que, en estos días, nuestras palabras, tantas veces superficiales, y a veces hasta huecas, han de callar, para que resuene con fuerza la única palabra que, durante estos días queremos escuchar, Cristo, la Palabra definitiva del Padre. Cuando en nuestros días hay tal inflación de televisiones, radios, webs, redes sociales, opiniones, comentarios, palabras y más palabras, que todo quieren explicar y a todo quieren dar respuesta, Cristo nos invita a callar todo y escucharle a él, porque tanto ruido ha hecho imposible oír al único que tiene la respuesta. ¿Lograremos acallar tanta palabra humana? ¿Conseguiremos escuchar la Palabra divina?

Jueves Santo. Una cena, la última. Un testamento, los últimos consejos de quien sabe que está cercano a morir. Entramos en los momentos centrales de la obra divina. Hoy serán los cofrades de la Vera Cruz quienes marcarán el paso. La Santa Vera Cruz, la Oración en el huerto, el *Ecce Homo*, Jesús Nazareno, el *Redopelo*, y la Virgen de la Soledad cerrando. Una cena y una oración serán en esta ocasión la clave. “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros”. ¿Quién sería capaz de faltar a una cena tan deseada por Cristo? ¿Será posible acompañarle con verdad sin participar de la cena más esperada por Cristo y a la que nos invita con tal vehemencia? Y, tras la cena, la oración. “Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos ... y, arrodillado, oraba.” Y, después, el prendimiento, y Pilato proclamando, “He aquí al hombre.” Y él, Jesús, desnudo y flagelado, nuestro *redopelo*, que tan vivamente plasma hasta donde puede llegar la indigencia humana si Dios nos dejase de la mano, cuan necesitado está el hombre de ser protegido y sostenido por Dios. Y, cerrando, la Virgen de la Soledad, porque toda la procesión, partiendo desde San Juan conduce a una oración, la salve, ante el Hospital de la Piedad, y la oración por los enfermos de la villa. Cuántos simbolismos escondidos en un acto tan sencillo y tan solemne. Junto a María, la que más entiende de dolores, en su imagen de la Soledad, expresando el momento de mayor dureza y desamparo; cantando la Salve, que nos recuerda que este valle de lágrimas está colmado; frente al Hospital de la Piedad, la otra advocación mariana más representativa de la Semana Santa; y orando por los enfermos. Todo, pues, se vuelve en esta noche presencia de Dios y compañía de la Madre en medio del dolor humano. Como reconforta, en este momento, junto a la Virgen de la Soledad, convertir cada lágrima y cada sufrimiento en oración desgranada ante el varón de dolores.

Viernes Santo. Un encuentro y un entierro. Una cruz y un yacente. El encuentro. Pronto, en la mañana. Hace algunos años, la procesión comenzaba cuando todavía el alba no había asomado, y los benaventanos la acompañaban rezando el viacrucis y algunos realizaban el trayecto descalzos. No era espectacularidad, era necesidad de expresar exteriormente aquello que los corazones albergaban. Los cofrades de Jesús Nazareno con sus túnicas moradas y sus capiruchos amarillos, son quienes nos convocarán en esta misma iglesia en la que ahora estamos para escuchar el sermón, el Sermón del Encuentro. Tras él, tocará escenificar lo escuchado. Jesús Nazareno y la Virgen de los Dolores recorrerán calles paralelas para desde aquí mismo llegar hasta la Plaza Mayor, y allí, encontrarse. Y con el encuentro la venia, y con la venia la oración. En el mismo lugar en el que el martes santo, madre e hijo se habían encontrado, hoy vuelven a querer

buscarse y saludarse. Y nuevamente, nosotros, con la Dolorosa, queremos inclinarnos ante Cristo que en este día entrega la vida por nosotros.

Por la tarde una cruz y un yacente marcarán el paso. Cuando la tarde ya cae y se hace noche, recordaremos lo que el Evangelio proclama, “y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, ... porque se oscureció el sol. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: ‘Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu’. Y dicho esto, expiró.” Muchas oscuridades pueblan la vida del hombre, pero ninguna tan fuerte, ni tan honda, como la ausencia de Dios, su muerte. Y el hombre de hoy, casi se ha habituado a vivir en la noche, en la noche física, pero, sobre todo, en la noche espiritual y anímica, en aquella que surge cuando Dios ya no está y se ha alejado del horizonte humano o, más bien, cuando el hombre queriendo encontrar su propio camino se ha alejado tanto de Dios que no logra reconocerlo ni encontrarlo, cuando con sus solas fuerzas no logra ni encontrar el camino de vuelta al Dios que siempre lo espera. ¿Lograremos volver a Dios? ¿Nos dejaremos encontrar por él? ¿O dejaremos que Dios siga muerto y el hombre, sin él, pierda la esperanza? La Real Cofradía del Santo Entierro nos invitará a, viendo al Cristo muerto, poder acoger al Dios vivo. Su vestimenta toda negra nos recordará lo que en este día queremos vivir, su recorrido queriendo abrazar el centro de Benavente simbolizará el abrazo de Dios a todo hombre, sus cantos al paso de las imágenes del Calvario, el Yacente y la Piedad, convertirán en oración lo que no puede expresarse con discursos. Todo buscará horadar la superficie de nuestras vidas hasta llegar al hondón del corazón humano, para que el hombre, de corazón a corazón, pueda pararse y detenerse ante Cristo que da la vida por él. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Ante el pecado del hombre, Cristo responde con el perdón de Dios. ¿Ante el perdón de Dios, el hombre responderá con su arrepentimiento y conversión? Pidámoslo.

Y Cristo muerto, yacente, y en el sepulcro. ¿Todo ha terminado? ¿Ya no hay más que decir? ¿No queda ningún retablo por contemplar en este templo que ha salido a la calle en estos días? Cristianos hay que en el Viernes Santo permanecen. En ocasiones parece que, culminado el Viernes Santo, todas las procesiones destacadas han terminado ya. Bien sabemos, que es imposible que la Semana Santa termine el Viernes. Como al principio avisamos con la cara descubierta y la alegría de la Borriquilla comenzamos. Y con el rostro limpiado por la sangre de Cristo y el gozo pascual hemos de terminar. La procesión que culmina la Semana Santa es la más importante, aunque no siempre lo vivenciamos así. La procesión del resucitado. Las cofradías del Santo Entierro y de la Santa Vera Cruz, acompañadas por los hermanos cofrades de todas las cofradías escoltarán al Jesús resucitado y a la Virgen de las Angustias, saliendo desde San Juan y Santa María, para encontrarse, una vez más, en la Plaza Mayor. La triple venia y la caída del manto negro darán paso a la alegría de la Pascua, del Dios vivo que nunca nos deja, antes de que las imágenes vuelvan a la Ermita de la Soledad, allí donde una semana antes todo comenzó.

Queridos benaventanos, queridos cofrades, vivid vuestra Semana Santa, cuidad vuestras tradiciones, no olvidéis vuestras raíces, volved, también vosotros, a Dios, origen de todo y en quien todo cobra sentido. ¡Feliz y santa Semana!